

Antiguamente se entendía por iconoclastia la destrucción de ídolos, vale decir, la destrucción de aquellas imágenes que eran adoradas, y en las que no se distinguía, por lo tanto, la deidad de su imagen, el modelo de su representación. Las diferentes querellas iconoclastas—como la de Bizancio en el siglo VIII, o la de Alemania en el siglo XVI—han surgido justamente como un llamado violento a respetar esa distinción. Hoy en día, en cambio, el término se utiliza de manera más amplia para referirse a la destrucción de imágenes en general—destrucción que, sin embargo, la mayoría de las veces también es ocasionada por una excesiva instrumentalización de las mismas.

Según el teórico alemán Gottfried Boehm, la iconoclastia es un gesto inaugural para toda práctica que pretenda ser radical: pareciera ser que tanto en las vanguardias artísticas como en las revoluciones sociales la imagen debe ser atravesada, negada, subordinada. En ese sentido, podríamos considerar iconoclasta el abandono de toda referencia en la pintura abstracta—al menos desde una concepción de la imagen como representación—, la preferencia por el lenguaje verbal en el arte conceptual de los años sesenta, así como también la importancia que en la actualidad se le concede al procedimiento por sobre el resultado (visual).

Pensar la iconoclastia no solo nos ayuda a entender las circunstancias concretas que desencadenaron la prohibición de determinadas imágenes y sus implicancias, sino también a cuestionar su naturaleza: qué es una imagen, de qué manera se la utiliza, qué poder ejerce sobre nosotros, en qué medida su condición técnica y material (su *cuerpo*, digamos) ha sido invisibilizado en pos de un mensaje determinado y por qué. La pertinencia de una reflexión como esta al interior de las artes visuales queda en evidencia al constatar el interés que ha suscitado en los artistas, teóricos y académicos que han colaborado en este número, quienes han logrado abordar el problema en relación a los medios visuales más diversos, como el video, el cine, la pintura, o incluso las visiones.

En “Las imágenes y las formas de aparecer de la violencia extrema”, Antonio Silva retoma la discusión acerca de la imposibilidad de la representación del horror, pero desde la imagen técnica. La obra de Alfredo Jaar—que ya en sí misma constituye una reflexión sobre la administración del poder a través de la imagen—es analizada en términos mediales por el historiador del arte, Emilio Vargas, en “Medio, iconoclastia e intermedialidad”. La negación de la imagen a través de la denuncia de sus

limitaciones vuelve a aparecer en el ensayo escrito en conjunto por Jimena Castro y Sergi Sancho, “Saturar la imagen. Mística y la imposibilidad de representar la visión”, en donde son abordadas las visiones de dos monjas del siglo XIV y XVII, respectivamente. En “¡Lanzadlos al río, enterradlos! ¡Acabad con ellos a martillazos!”, Mario Espliego aporta un antecedente ineludible para la comprensión de la historia de la destrucción de imágenes y monumentos: la *Damnatio Memoriae*. El investigador Rodolfo Reyes Macaya, en “Nada para ver: la reflexión sobre la nada como hilo conductor entre Kázimir Malévich y Georges Perec”, hace dialogar elocuentemente el *Cuadrado Negro* del artista ruso, y *La vida: instrucciones de uso* del escritor francés. En “Ruiz iconoclasta: el cuadro en la pantalla”, Fernando Pérez Villalón aborda algunas piezas clave de la obra del director de cine chileno en relación a la presencia (incorpórea) de pinturas en ellas. Finalmente, la historiadora del arte María Eugenia Ruiz, en “La traducción de las imágenes sagradas aztecas en *Historia General de las cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún”, trabaja en torno a un objeto de estudio tan excepcional—al menos para una revista de arte contemporáneo—como el de la mayoría de los artículos que componen este número: el códice novohispano.

En la sección de “Conversaciones”, la historiadora de arte, Carla Macchiavello, conversa con la teórica y artista visual norteamericana Leah Modigliani sobre su obra en torno a episodios de abandono y destrucción de piezas de arte en determinadas instituciones culturales. En la sección de “Reseñas”, escritores provenientes de diferentes disciplinas comparten su lectura personal sobre una exposición o libro de arte del año 2017, la mayoría seleccionados por los mismos escritores de acuerdo a sus propios gustos y afinidades. En ese sentido, se privilegia el ejercicio de observación y escritura por sobre la conformación de un canon o agenda cultural. Finalmente, *Cuadernos de Arte* cuenta, una vez más, con la invaluable participación de artistas visuales nacionales e internacionales. Por un lado, Nicolás Rupcich, Josefina Guilisasti, Diego Martínez y Francisco Uzabeaga colaboran con una selección de imágenes de obras acorde al eje temático de la revista. Eugenio Dittborn, Raimundo Edwards y el artista venezolano Javier Téllez, por el otro, realizan una intervención artística diseñada específicamente para este número, y que constituye en sí misma una reflexión visual ●